

La cólera de Ludd

*La lucha de clases en Inglaterra
al alba de la Revolución Industrial*

Julius Van Daal

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
<i>Apólogo del mecanoclasta</i>	15
PRELUDIO	21
I. El capitalismo en un solo país	21
LA INVENCIÓN DE UN YUGO	29
METAMORFOSIS BURGUESAS	47
TRIBULACIONES PROLETARIAS	63
REYES Y PARÁSITOS	79
II. Retorno a Sherwood	89
EL GRITO DE LAS TIERRAS MEDIAS	91
EL ARTE DE ROMPER LAS MÁQUINAS ODIOSAS	100
QUE LA ROTURA DE UN TELAR A LA ROTURA DE HUESOS CONDUZCA	116
III. Martillo en ristre	131
EL LAMENTO DE LOS TUNDIDORES DE PAÑOS	133
LA CONJURA DE LOS HERMANOS DEL ESQUILEO	144
GLORIA Y MISERIAS DEL GENERAL LUDD	154
EMOCIONES EN CASCAIDA	170
IV. Moloch acosado	181
LOS MOLINOS DE SATÁN	183

¿NOS CONVERTIREMOS ACASO EN MÁQUINAS?	
JAMÁS, JAMÁS...	198
NINGÚN OTRO REY SALVO EL REY LUDD	211
v. Los últimos fulgores	229
LA TENTACIÓN DE LA SUBLEVACIÓN	231
AMOS DE LAS LANDAS Y DE LA NOCHE	241
EL CANGUELO EN ARMAS	253
EL AGOTAMIENTO DE UNA QUERRELLA	268
LUDD DESPUÉS DE LUDD	276
iv. Reviviscencias ludditas	289
EL ESPECTRO DE NED LUDD	291
MIENTRAS HAYA DINERO, HABRÁ MÁQUINAS ODIOSAS	311
A P É N D I C E I	
LA POESÍA A MARTILLAZOS	321
A P É N D I C E II	
LA RELIGIÓN DEL TRABAJO	348
A P É N D I C E III	
LAS AVENTURAS DEL CAPITÁN SWING	361
A P O S T I L L A	
LA MÁSCARA DE LUDD	367
CRONOLOGÍA DE LA REBELIÓN LUDDITA	371
BIBLIOGRAFÍA SUMARIA	377

EL SINGULAR COMBATE DE los ludditas, que también se nutría de leyendas y de fábulas, se presta sin duda a la mitificación. Es algo que aún se constata en el folclore residual de las regiones que constituyeron la cuna de la Revolución Industrial en Inglaterra. En tales lugares, la persistencia del luddita como parangón de dignidad obrera, personaje ligado a las costumbres y al mismo tiempo rebelde, atestigua la importancia de dicha figura en el imaginario colectivo local. Se trata de una suerte de heredero moral de Robín de los Bosques. La memoria de Ludd en esas tierras conforma un abigarrado ramillete de sabrosas historias teñidas de irreverencia y de nostalgia. Pero a pesar de su aroma de leyenda, esa memoria a veces se acerca más a la verdad de los hechos que la investigación académica. Un folclore así, por muy inclinado que esté a embellecer hasta la menor anécdota, se nos antoja a fin de cuentas menos sesgado por los prejuicios ideológicos que la historia oficial: esa historia que se basa preferentemente en los escritos de los jueces y de los policías, de los periodistas y de los políticos de cualquier pelaje. Las huellas de esa tradición luddita vernácula se encuentran en numerosas canciones o leyendas orales, y de forma más accesible en un puñado de obras medio de ficción aparecidas a finales del siglo XIX. De ellas, solo *Ben O'Bill's* de Sykes y Walker (cuyos diálogos están escritos en el inglés dialectal de Yorkshire) tiende a rehabilitar la figura del luddita, transcribiendo más o menos fielmente las palabras de aquellos que hubieron de rebelarse para continuar siendo.

Mi propósito no consiste en erigir la figura del rompedor de máquinas de principios de la Revolución Industrial en un modelo para las luchas sociales del siglo XXI. No se trata de crear ni de reavivar, a partir de fragmentos escogidos del pasado, un mito del luddita revolucionario opuesto al mito más extendido del luddita precursor de la tecnofobia, que en realidad solo llama la atención de los «neoludditas» modernos y de los defensores del crecimiento a cualquier precio. De hecho, aparte del odio y del pavor suscitados por el sistema fabril y por su maquinaria —esos *dark satanic mills* que provocaban la náusea de William Blake—, el otro gran motor de la agitación luddita fue el ansia de revolución. Es ella la que explica sus tendencias insurreccionales, por muy confusas e inconclusas que fueran. Sin embargo, las contradicciones en juego en dicha rebelión, su extrema diversidad y la complejidad del contexto histórico vetan cualquier simplificación a quien quiera extraer de ella enseñanzas sólidas.

Sin negar el influjo de las quimeras y de los símbolos en las acciones humanas, ni tampoco la fuerza de las representaciones, he intentado no descuidar el mito con el fin de describir de la forma más justa posible la resistencia luddita a la espectacular escalada del capitalismo industrial. Me ha parecido útil profundizar en los descubrimientos del historiador británico Edward Palmer Thompson en lo que se refiere al papel central del combate luddita en la construcción social —por completo antagónica— del sistema capitalista. En términos más particulares, he querido subrayar lo que esta rebelión inicial revela sobre la historia *secreta* de semejante ordenación del mundo.

El pasado oculto o falsificado rara vez lo es por inadvertencia. Para que el rey esté un poco más desnudo y la autoproclamada inmanencia del mercado resulte un poco menos asfixiante, conviene disipar pues ciertas tinieblas y restablecer la importancia de ciertos hechos eliminados u olvidados... A condición, por supues-

I. El capitalismo en un solo país

Por la abstracción de su trabajo,
el obrero se vuelve cada vez más mecánico,
indiferente, sin espíritu.
El elemento espiritual se convierte en acto vacío.
Su fuerza reside en
una fuerte percepción del conjunto.
Esta, sin embargo, desaparece.

Georg Wilhelm Friedrich HEGEL

Automáticos y minuciosos,
Los obreros silenciosos
Regulan el ajetreo
Del universal jaleo
Que fermenta de fiebre y de locura
Y despedaza, con su obstinada dentadura,
La palabra humana abolida.

Émile VERHAEREN

LA INVENCIÓN DE UN YUGO

Las transformaciones técnicas y sociales que han sido englobadas retrospectivamente bajo el término «Revolución Industrial» se produjeron, unas veces de forma laboriosa y otras de forma frenética, entre 1780 y 1850, y durante largo tiempo tuvieron la apariencia de un fenómeno específicamente inglés, pues Inglaterra tomó por entonces la delantera económica a las naciones rivales y se adjudicó de paso la hegemonía comercial y militar que duró hasta la Primera Guerra Mundial.

Es preciso remontarse hasta el siglo xvii, e incluso hasta los primeros tiempos de la Reforma, para hallar las premisas de los diferentes procesos que permitieron la industrialización de Inglaterra al alba de la «edad del carbón». Uno de los principales factores fue la precoz secularización del pensamiento bajo la máscara protestante, que llegó acompañada de una libertad de conciencia muy relativa, pero más o menos única en Europa, y propicia al individualismo. Este nuevo talante contribuyó a la toma del poder por parte de la burguesía, no menos precozmente, durante la primera Revolución de 1642-1649.⁶ El papel central de esta clase emergente

6 Este conflicto entre el rey Carlos I y el Parlamento, y después entre distintas facciones parlamentarias, se saldó, tras siete años de guerra civil y de disturbios sociales, con la ejecución del rey. Después hubo que meter en vereda al ejército parlamentario, crisol de las ideas revolucionarias e instrumento de su aplicación. Depurado en un primer momento bajo la dictadura de Cromwell y de los ideólogos del puritanismo, fue separado de su base social y enviado a Irlanda para concluir a sangre y fuego la colonización inglesa. Poco después de la muerte de Cromwell en 1658, la restauración de los Estuardo en la persona de Carlos II, hijo del rey decapitado, devolvió durante treinta años el poder a las facciones más reaccionarias de la aristocracia.

METAMORFOSIS BURGUESAS

La burguesía inglesa, escaldada por las contrariedades sufridas por los girondinos franceses, no tiene más remedio que basar su poder, así como su autoridad política y el ascendiente de su modelo cultural, en la paranoia social y en la execración pavorosa y brutal de la plebe. Con o sin máquinas, su programa consiste en la deshumanización de las relaciones sociales; pero las máquinas favorecen, representan y cristalizan a las mil maravillas el proyecto de reducir el ser humano a una mercancía. Lo que está en juego no son simplemente los costes salariales, esa piedra filosofal del capitalismo industrial, sino también la naturaleza misma de la preponderancia, novedosa y durante mucho tiempo mal definida, de una «clase media» todavía muy variopinta, que debe contemporizar con los grandes terratenientes y el trono, por muy debilitados que se encuentren estos en términos políticos.

Los advenedizos, esos nuevos amos en formación, necesitan satisfacer viejas voracidades, halagar orgullos seniles, balbucear vetustas liturgias e imitar gustos superados, y al mismo tiempo incitar a la *gentry*¹⁵ a aburguesarse, a adoptar las doctrinas y usos de los empresarios y los financieros, a fundirse, mediante alianzas de negocios o matrimoniales, en las filas de las gentes de dinero. De mostrarse burlona y temeraria en su combate contra el despotismo de una aristocracia hinchada de altivez —aunque infinitamente corruptible—, la burguesía pasó a ser una clase prosaica y filistea,

15 De tal manera se designaba a la nobleza sin título, la más permeable al mestizaje con la alta burguesía en busca de *gentrificación*, esto es, de un estatus social y cultural que no se podía comprar solo con dinero.

TRIBULACIONES PROLETARIAS

Ciertas comunidades rurales de tejedores —en especial, en los Peninos, unos montes ricos en energía hidráulica, indispensable para el enfurtido de los paños— existen desde hace tres o cuatro siglos, en el transcurso de los cuales han dado forma a una cultura y unos lazos sociales específicos, fundados en la solidaridad y la decidida adhesión a la «libertad inglesa». Tal abstracción designa confusamente un individualismo campechano limitado por los deberes colectivos, y que se supone trasciende las fronteras de clase.

De ahí que, todavía a la altura de 1811, la policía sea considerada por la mayor parte de la nación como algo tan odioso como ajeno a la necesidad real de protección y de vigilancia, y evocadora de la tiranía y la inquisición. En estas fechas, Gran Bretaña no se ha dotado aún de una fuerza centralizada de coerción y de espionaje de las clases peligrosas, incluso si el gobierno se sirve oficiosamente de los servicios de una policía política más o menos secreta, en la que se mezclan funcionarios entusiastas e individuos destinados a la horca y dispuestos a las peores bajezas.

Cuando los magistrados desean recurrir a la fuerza pública, utilizan a los *constables*, unos auxiliares de justicia elegidos por ellos mismos y que dependen de su responsabilidad, y si el mantenimiento del orden llega a exigirlo, recurren a las milicias locales compuestas por granjeros y tenderos voluntarios. Puestas a prueba por la agitación luddita, estas últimas se revelarán poco fiables e inclinadas a abrazar la causa de aquellos a los que se les encargará reprimir, o cuando menos a no contrariarla, obligando así al poder a destacar en las regiones rebeldes tropas regulares que habrían podido servir en los campos de batalla europeos. A

REYES Y PARÁSITOS

Mortífero en esencia, el nuevo orden fue de entrada belicoso, y no cabe ninguna duda de que la situación de guerra que conocía Europa desde 1792 fue en principio favorable a la aceleración de la Revolución Industrial en Inglaterra.

Dicha guerra es el resultado tanto de los apetitos imperiales de Bonaparte como de la obstinada negativa de la clase dirigente inglesa a compartir nada con un usurpador tan poco digno de crédito que paga a su ejército a base de préstamos y sus deudas a cañonazos. Frente a las tentaciones revolucionarias que rondaban al pueblo inglés, el estado de guerra constituye, por otro lado, una magnífica distracción, patrioter y galófoba, que juega con el miedo a la invasión y a los excesos libertinos de la soldadesca francesa. Y si bien esta guerra que ya dura cerca de veinte años, interrumpida solo durante algunos meses por la paz de Amiens en 1802, cuesta cara en oro y en hombres, también estimula las innovaciones técnicas, sobre todo en los transportes y en la metalurgia, y beneficia a muchos sectores de la economía británica, y en especial a los banqueros. Aunque no sufra las sangrías que inflige Bonaparte a la juventud de la Europa continental, el pueblo inglés está más que hastiado de este conflicto interminable y le atribuye, no sin su punto de razón, una buena parte de sus desgracias de entonces.

Pues la querrela entre los beligerantes se ha transformado en querrela comercial: mientras Bonaparte, no sin ciertas reticencias, instaura el bloqueo continental para desecar el comercio internacional de los ingleses, el primer ministro inglés Perceval replica a partir de 1807 con la adopción de sucesivas órdenes del Consejo (decretos reales no sometidos a la aprobación del Parlamento)

LA POESÍA A MARTILLAZOS

«¡Si hace falta, romperemos nuestras desgraciadas liras y *haremos* lo que los poetas no han hecho más que soñar!», escribía Hölderlin a su amigo Neuffer poco después de Thermidor y diez años antes de hundirse en la locura. Con la revolución francesa se había expandido el sentimiento repentinamente urgente —reformulado por Marx en 1848, en otro tiempo de revoluciones— de que el mundo ya había sido bastante interpretado o fantaseado por los pensadores y los soñadores... y de que ahora se trataba de transformarlo.

Mientras las acciones de los hombres se basaban cada vez más en abstracciones y representaciones literarias, recurriendo al discurso filosófico o a los mitos históricos, y en ocasiones a la novela, la poesía se trasladaba a las prácticas sociales y a veces se conjugaba con la historia. Es lo que aconteció en el caso de los ludditas. Fueron poetas sin saberlo y en múltiples aspectos... Y para empezar, por la belleza del gesto, cuando, resistiéndose a las innovaciones que les resultaban odiosas, asestaban sus rabiosos martillazos contra el sistema fabril, en el que no veían más que vidas quebradas y tiempo confiscado. En esto se asemejaban a esos insurrectos parisinos de julio de 1830 que, demasiado cerca de la victoria como para irse a acostar, dispararon contra los relojes públicos para detener el discurrir de las horas.

Frente al dominio técnico y contable de sus adversarios, los ludditas se dejaron arrastrar instintivamente por la pasión de destruir lo que les destruía. Supieron dar libre curso a un «vandalismo» tanto más escandaloso por ser regocijante, por significar la

APÉNDICE II
LA RELIGIÓN DEL TRABAJO

Nunca perdió más tiempo el águila
que cuando escuchó las lecciones del cuervo.

William BLAKE

A finales del mes de mayo de 1812, el reverendo Blakow, pastor anglicano que oficiaba en la iglesia de San Marcos de Liverpool, recibía una carta firmada por «Iulius, lugarteniente de los ludditas» en la que se le reprochaban las rastreras palabras pronunciadas durante un sermón dominical.

Señor:

El pasado domingo permanecí sentado con la más intensa de las indignaciones y el más profundo de los pesares escuchando

de morir por Dios y por el rey) y fue rebautizado como *Jerusalén*. A menudo resuena en los graderíos de los estadios. Dado el papel estrictamente espectacular de la actual monarquía británica, este canto criptoluddita hace las veces de himno nacional para la mayoría de los ingleses (el propio Jorge V decía preferirlo como tal). Si bien los equívocos blakeanos y la potencia simbólica de estos versos se han perdido para la gran mayoría (que no ve en ellos más que un canto patriótico), al menos han servido para popularizar la expresión «dark satanic mills» (oscuros molinos de Satán), que habitualmente sirve para designar ese paisaje industrial tan presente en la gris Albión. Una metáfora arcaica y persistente que dice mucho sobre la nostalgia de los tiempos preindustriales y de las «gratas praderas» perdidas para siempre.

LAS AVENTURAS DEL CAPITÁN SWING

Trece años después de los últimos fulgores ludditas, las regiones agrícolas inglesas conocieron una larga serie de motines, incendios y destrucciones de máquinas. Aquí el general Ludd cambió de nombre y de grado para transformarse en el capitán Swing, signatario no menos vehemente de cartas de amenaza y de proclamaciones. Las máquinas odiosas para los trabajadores agrícolas eran, en este caso, las trilladoras mecánicas que los granjeros incorporaban por iniciativa de los terratenientes ávidos de rentas. Además eran animados a ello por las autoridades, preocupadas por mantener la autosuficiencia alimentaria de una población que se había puesto a crecer muy rápidamente. Muertos de hambre y aún más de desamparo, los compañeros del capitán Swing, como los de Ludd antes que ellos, destruían esas máquinas porque les robaban el empleo. Constataban que su introducción en el trabajo de la tierra participaba de la disolución de los vínculos comunitarios, los cuales, a pesar de todo, habían perdurado más en el campo que en la ciudad o en las regiones industriales. Las trilladoras afectaban a la actividad nutricia y ancestral por excelencia, pero venían a sustituir a una dura labor, que lo era aún más porque los obreros agrícolas trabajaban para otro como bestias de carga, hostigados por rabiosos cerberos.

Iniciada en agosto de 1830 en Kent, en el extremo sur del país, esta revuelta tuvo en principio algo de *jacquerie* local, antes de teñirse rápidamente de radicalismo y de propagarse hasta la frontera con Escocia. La cosecha de 1829 había sido mala, provocó al invierno siguiente una verdadera hambruna entre los jornale-

A P O S T I L L A

LA MÁSCARA DE LUDD

A finales del siglo pasado aparecieron distintas corrientes de pensamiento que reivindicaban a los ludditas o se asemejaban a la idea habitual, aunque artificial, de la figura del luddita tecnófobo. En la estela del 1984 de Orwell, un género popular como la ciencia ficción había descrito toda suerte de «distopías» en las que las megamáquinas someten al hombre y a la naturaleza o los conducen a diversas catástrofes. Alimentado tanto por estas fábulas proféticas (en ocasiones, «autocumplidas») y por la «contracultura» de los años 1965-1978⁹⁴ como por las preciosas enseñanzas de un Ellul o de un Mumford, el neoluddismo engloba opiniones muy diversas sobre los males del mundo y los medios para remediarlos. Las de los ecologistas tecnófobos que pretenden gestionar de forma «sostenible» la economía mercantil tienen, por ejemplo, muy poco que ver con el extremismo radical de los primitivistas que quieren acabar con «la» civilización. Y los ecologistas radicales que practican la acción directa, a veces violenta, para oponerse a los letales avances de la domesticación obedecen a motivaciones completamente distintas que los nostálgicos de un capitalismo y un Estado menos dotados de herramientas de intrusión y de control.

94 Ver *La banda de la tenaza* de Edward Abbey (Berenice, 2012), una jubilosa novela publicada en 1975 en los Estados Unidos que pone en escena a algunos pintorescos saboteadores tratando de proteger la naturaleza salvaje de los estragos que la «Máquina» comete contra ella. Los militantes ecoguerreros de Earth Fist! se refieren con sumo gusto a esta obra de ficción que prefigura su modo de acción.

CRONOLOGÍA DE LA REBELIÓN LUDDITA

ALREDEDOR DE NOTTINGHAM: LA REVUELTA DE LOS MEDIEROS

1811

11 de marzo: manifestación de protesta de los medieros en la plaza del mercado de Nottingham contra los fabricantes que han adquirido telares de bastidor amplio. Destrucción de unos sesenta telares en la vecina localidad de Arnold.

16-23 de marzo: ola de destrucción de máquinas; más de cien telares son destruidos en los pueblos de Nottinghamshire y Derbyshire.

10 de noviembre: muerte del luddita John Westley durante un asalto luddita contra una fábrica en Bulwell. Una docena de telares destruidos en Kimberley.

13 de noviembre: setenta telares destruidos en Sutton-in-Ashfield durante un asalto llevado a cabo por un millar de personas.

18 de noviembre: numerosas cartas anónimas de amenaza dirigidas contra los fabricantes son enviadas en toda la región.

23 de noviembre - 15 de diciembre: la destrucción de máquinas es algo casi cotidiano en la región. Tras extenderse a Leicestershire, la cifra de máquinas destruidas se eleva a los dos centenares.

El gobierno envía tropas para proteger a los fabricantes, acorralar a los ludditas y reprimir eventuales motines.

21-28 de diciembre: los «hombres de Ned Ludd» llevan a cabo el robo de armas y dinero en Derbyshire. Una buena cantidad de telares son destruidos en Nottingham, Basford y Arnold.

1812

3 de enero: se reanuda la destrucción de máquinas en Basford y Bulwell.